

Mision alegría...

**EL PRIMER DIA de LA SEMANA, muy de
madrugada, a LA SALIDA DEL SOL...**



retiro mayo 2025

Ámbito Formación y Espiritualidad
PROVINCIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Cristo ha resucitado, ¡aleluya!

Hermanos y hermanas, ¡feliz Pascua!

Hoy en la Iglesia resuena finalmente el aleluya, se transmite de boca en boca, de corazón a corazón, y su canto hace llorar de alegría al pueblo de Dios en todo el mundo.

Desde el sepulcro vacío de Jerusalén llega hasta nosotros el sorprendente anuncio: Jesús, el Crucificado, «*no está aquí, ha resucitado*» (Lc 24,6). No está en la tumba, ¡es el viviente!

El amor venció al odio. La luz venció a las tinieblas. La verdad venció a la mentira. El perdón venció a la venganza. El mal no ha desaparecido de nuestra historia, permanecerá hasta el final, pero ya no tiene dominio, ya no tiene poder sobre quien acoge la gracia de este día.

Hermanas y hermanos, especialmente los que estáis sufriendo el dolor y la angustia, vuestros gritos silenciosos han sido escuchados, vuestras lágrimas han sido recogidas, ¡ni una sola se ha perdido!

En la pasión y muerte de Jesús, Dios ha cargado sobre sí todo el mal del mundo y con su infinita misericordia lo ha vencido; ha eliminado el orgullo que envenena el corazón del ser humano y siembra por doquier violencia y corrupción. ¡El Cordero de Dios ha vencido! Por eso hoy exclamamos: «¡Cristo, mi esperanza, ha resucitado!».

Sí, la resurrección de Jesús es el fundamento de la esperanza; a partir de este acontecimiento, esperar ya no es una ilusión.

No; gracias a Cristo crucificado y resucitado, la esperanza no defrauda. ¡*Spes non confundit* (cf. Rm 5,5)! Y no es una esperanza evasiva, sino comprometida; no es alienante, sino que nos responsabiliza.

MENSAJE «URBI ET ORBI» DEL PAPA FRANCISCO¹

2025, Plaza de San Pedro – un día antes de su Pascua definitiva

¹ Texto completo

Cómo no empezar este retiro con las últimas palabras de Francisco, que se han convertido sin saberlo en póstumo recuerdo, su testamento, su particular “se ha cumplido”, la conclusión, lo que ya no se va a poder cambiar... el punto final.

Vamos a volver a leer su mensaje, sabiendo que este hombre ya vive para siempre, ya disfruta en plenitud de cada afirmación, ya comprende plétórico cada intuición, ya contempla el esplendor de esa esperanza que no defrauda. Se acabó esperar... ¡toca reír! ¡Alegrarse!

Como han dicho algunas personas estamos en un tiempo muy pascual y es que el fallecimiento de Francisco ha posibilitado que el mundo entero haya estado hablando de Vida más allá de la muerte. Y si hemos logrado ver un poco por encima de la estética (o al menos a través de la estética), hemos tenido a nuestro alcance y disposición el escenario perfecto para, desde nuestras Comunidades, contemplar cómo miles de personas celebraban la fiesta de la Resurrección.

CHISPAZOS DE RESURRECCIÓN

La Resurrección lo cambia todo y por mucho que veamos lo mismo, nada es lo mismo... toda la humanidad es liberada y todos los condenados a la muerte son rescatados. Jesús nos libra de lo que nos impulsa a caer, nos agarra de las muñecas, sin que tengamos que hacer nada más que dejarnos sostener.

La Resurrección lo cambia todo y surge la vida donde apuntaba fracaso, es el alba que siembra esperanza donde solo había cenizas.

La Resurrección viene para completar y dar sentido a nuestra cotidianeidad, porque seríamos unas ingenuas si no

reconocemos que a nuestro alrededor y dentro de nosotras, hay fragilidad, dificultad, injusticia, y dolor... que lícitamente nos despierta la pregunta: ¿Cómo hablar de Resurrección?

Vamos a orar con unas cuantas intuiciones y la mirada puesta en el Evangelio, vamos a orar permitiendo que sea Dios quien tome la iniciativa, vamos a orar saliendo de nuestro insatisfecho, estrecho y minúsculo ego, que nos estruja la capacidad de trascender y contemplar la creación y la humanidad en su justa medida.

Contempla la imagen de la portada:

Imagina que así debió vivir el Padre la escena que narra Marcos en los 7 primeros versos del capítulo 16... ¿qué distinto, no?

Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a ungirlo. El primer día de la semana, muy temprano, cuando amanecía, llegaron al sepulcro.

Se decían: —¿Quién nos moverá la piedra de la entrada del sepulcro? Alzaron la vista y observaron que la piedra estaba movida. Era muy grande. Al entrar al sepulcro, vieron un joven vestido con un hábito blanco, sentado a la derecha; y quedaron sorprendidas.

Les dijo: —No os espantéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. No está aquí, ha resucitado. Mirad el lugar donde lo habían puesto. Id ahora a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ellos a Galilea. Allí lo verán, como les había dicho.

ATENCIÓN REVERENTE

La atención reverente es un arte y un don, es aprender a gustar los detalles más pequeños: detenerse ante la vida que crece desapercibidamente pero que de pronto nos estalla en la cara; escuchar ese sonido que nos transporta a otro lugar; dejar que la memoria vuele a un lugar que creíamos olvidado o sonreír ingenuamente por un olor entrañablemente familiar.

La atención reverente es lo contrario a la prisa, es el tiempo de la esperanza, imprescindible espacio para percibir los signos de la vida resucitada. Y es que si no paramos no va a haber nada que esperar, no vamos a dar tiempo a que nada crezca, nada suceda, nada se encuentre... nada resucite.

Tres días de atención reverente separan la muerte de la vida. Tres días de aguantar la respiración, de pasar por el corazón cada promesa, cada palabra, cada gesto, tres días de contener el contento para dejar que los más lentos alcancen a los más rápidos, tres días para conversar, preparar lo necesario para el encuentro, para la fiesta.

Aprovechar el tiempo es dejar de rellenarlo de estímulos vacíos, de experiencias huecas... aprovechar el tiempo es permitirse el lujo de disfrutar de los encuentros fortuitos, inesperados, optar por lo poco eficaz... aprovechar el tiempo es dar valor a lo que parece que no tiene valor y hacer de lo gratuito nuestro mayor tesoro.

Vamos a dejar tiempo para las idas y las venidas, tiempo incluso para salir corriendo o cambiar de opinión o para ir reconociendo poco a poco a aquel del que no puedes dejar de hablar y camina a tu lado sin que te enteres.

¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días? Él les preguntó: ¿Qué ha pasado? (cf. Lc 24 13-35)

- *“¡Qué necios y torpes para creer cuanto dijeron los profetas!”*
Cambia la mirada: date tiempo para ver posibilidad donde ha habido más de una decepción.
- *“Quédate con nosotros”.*
Créete la experiencia de la convocación, de la fraternidad.
- *“¿No se abrasaba nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura?”*
Redescubre la alegría de tu vocación:
 - *La obediencia nos dispone a aceptar en fe, con “prontitud”, “alegría” y “sencillez”, la misión que Dios nos confía a través de la Congregación (CC 24).*
 - *La pobreza evangélica nos capacita para la entrega total y nos dispone para compartir con alegría (CC 30).*
 - *Renovar cada día la alegría de seguir a Jesús célibe por el Reino (CC 36).*
 - *Comparte con tus Hermanas las alegrías, dificultades y logros, e interésate por sus experiencias (RV 46).*
 - *Que el testimonio de tu comprensión, alegría y desprendimiento les ayude a descubrir la existencia de un amor que trasciende lo humano (RV 53).*

ABRAZAR LO QUE SOMOS

Mirar al Resucitado nos devuelve una imagen poderosa y desconcertante, Jesús a quién dejamos clavado en una cruz, de quien nos despedimos con miedo e incomprensión... vuelve a nosotras disipando todo temor, repartiendo generosamente paz y alegría, invitándonos a mirarnos por dentro y colmar de vida todo lo que nos atenaza , nos constriñe, nos aprieta.

Puede que estemos demasiado pendientes de lo que no va bien, de lo que nos falta, quizá en nuestra vida haya demasiada sospecha, desconfianza, nos descubrimos más a menudo de lo que nos gustaría, buscando el error, el problema, la dificultad. Parece que todo tiene que ser juzgado, para todo hay que pedir permiso, puede que nuestra felicidad dependa excesivamente de esa extraña sensación de bienestar que buscamos en la aprobación del otro.

¿Dónde hemos dejado la libertad de la Resurrección? ¿En qué momento renunciamos a la novedad, al valor, a la iniciativa, a lo inesperado, a la espontaneidad, a la alegría?

El Resucitado pone ante nosotras la bendición de lo que ya somos, no tenemos que seguir esperando a cambiar nada porque Él lo ha cambiado todo.

Aceptarnos no es rendirnos ni conformarnos ni justificarnos: es reconciliarse con el barro que somos, y con la historia que llevamos, poniéndola al descubierto sin complejos, sin temores, con el deseo de compartirla generosamente tal y como es, con sencillez, humildad, agradecimiento.

Reconocer al Resucitado también pasa por fiarnos, por bajar la guardia, por presentarnos ante Él, abriendo la mano y dejando de apretar tanto la vida. Jesús Resucitado no se apareció a los perfectos, sino a quienes llevaban heridas, miedos, errores... Y los saludó con paz.

Abrazar lo que somos no es resignación, sino mirada reconciliada. Es vivir con la certeza de que somos sostenidas, no por nuestros logros, sino por una fidelidad mayor: *“Dios no se cansa de nosotros, aunque a veces nosotros nos cansemos de Él”* (Papa Francisco). La aceptación serena es recuperar la alegría, la iniciativa, la gracia de lo imprevisto. Es volver a confiar en la bondad que habita incluso lo que no controlamos.

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: —Paz con vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor.

[...]

Tomás, que significa Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: —Hemos visto al Señor.

Él replicó: —Si no veo en sus manos la marca de los clavos y no meto el dedo por el agujero, si no meto la mano por su costado, no creeré.

[...]

Después dice a Tomás: —Mete aquí el dedo y mira mis manos; trae la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, antes cree.

Le contestó Tomás: —Señor mío y Dios mío.

Le dice Jesús: —Porque me has visto, has creído; dichosos los que crean sin haber visto. (cf. Jn 20,24-29)

- Contempla la escena con todo el cariño que puedas, porque todas somos Tomás.
- Aprovecha este encuentro íntimo con el Resucitado, no está aquí para reprocharte nada. Nos da otra oportunidad, quiere que le veamos, que a partir de este encuentro lo reconozcamos para siempre, en cualquiera, en tantos, en todos...
- No es cuestión de "meter el dedo en la llaga", ni de hurgar en heridas pasadas, Jesús solo desea que veamos su amor y su bondad, su presencia, a tu alrededor, en tu Comunidad, en tu tarea... aunque tenga apariencia de muerte e injusticia, tienes que reconocer al Resucitado (recuerda, has metido la mano en sus heridas).

ALEGRÍA QUE VINCULA Y ENVÍA

La alegría es contagiosa, hay que pregonarla, celebrarla. La persona agradecida no puede ser infeliz, es imposible. Nadie dijo que la realidad no pueda ser complicada, pero podemos situarnos ante ella de muchas maneras, y dependiendo de cuanto agradecimiento seamos capaces de nombrar, nuestra felicidad será más sincera, sencilla y sentida.

Podemos empezar por agradecer que tenemos un techo donde refugiarnos, un café cada mañana y la casa limpia (y con suerte hasta la habitación), alguien ha traído fruta, tenemos luz y posibilidad de hablar con nuestros seres queridos, la basura no sale sola al portal o a la calle, ni llega sola al vertedero, tenemos ropa con que cubrirnos y todas hemos tenido posibilidad de estudiar y aprender, compartimos la tarea, el ocio y la fe con hermanas a las que queremos y nos quieren... Y encima, el Resucitado nos ha dejado Su Alegría.

Estamos invitadas a buscar el origen de la verdadera alegría (que no tiene nada que ver con el supuesto bienestar que nos quieren vender). Y si empezamos a buscar y nos vamos al evangelio de Mateo encontramos que la primera misión dada a las mujeres por el Resucitado no fue otra que ALEGRARSE, que vivir alegres, dichosas, regocijadas, respirar aliviadas:

“De pronto Jesús les salió al encuentro y dijo: ¡Alegraos!» Ellas se acercaron, se abrazaron a sus pies y lo adoraron.” (Mt 28,9)

Misión que se da en plural y que acogemos en Comunidad: porque la felicidad no se alcanza sola, no es un objetivo personal sino comunitario, porque mi felicidad es fraternidad y depende de la felicidad de la otra, de los otros. La fraternidad “de apariencia”, de mentira, lo rompe todo, así como la autorreferencia a una misma, constante, no deja espacio a la fraternidad.

No podemos confundir (tampoco separar) nuestra misión con lo que hacemos, la vocación con la tarea, el sentido profundo con el trabajo:

- Porque nuestra misión responde a las necesidades de aquellos a quienes servimos, no a lo que hacemos sino a lo que los otros esperan de nosotras.
- Porque nuestra misión es la misma que recibieron los primeros testigos del Resucitado, una buena noticia para siempre, y para toda la humanidad.
- Porque la misión es la imagen de la relación Padre, Hijo y Espíritu: comunión, entrega y unidad, comunidad.
- Porque la misión, nos invita a renovar cada día, nuestra vocación y a no mirarnos todo el rato a nosotras mismas: a nuestra realidad, a nuestro cansancio, tampoco a nuestra desmedida entrega, ni a nuestros generosos desvelos, ni a nuestro indudable valor o nuestro sufrido (y ofrecido) silencio.

Nuestra mirada se dirige a Aquél que Vive y nos envía. Y en esa mirada, todo cobra sentido, nos señala a los demás, a los que sufren, a los bienaventurados, a los que siguen crucificados, a los que, por un lado, nos quitan el sueño, y por otro, sostienen todo lo que soñamos.

“Os dejo mi alegría, para que se complete en vosotras” (Jn 15,11)

- No es que la vida sea fácil, es que puede vivirse de muchas maneras. Y cuando se cultiva el agradecimiento, cambia la forma de mirar. Quien agradece, ve distinto. Y al ver distinto, vive distinto.

¿Qué pequeñas cosas agradezco hoy? ¿A quién le debo un gracias?

- Que el Resucitado, que nos lanzó a los caminos, nos preceda y nos espere en nuestra propia casa, en nuestra propia historia, es un motivo de alegría. Este encuentro transforma nuestra vida, la transfigura, pero no nos deja fuera, cuenta con nosotras y nos pone en camino hacia nuestra verdad más profunda para llenarla de vida.

¿Cómo vamos a completar la ALEGRÍA que se ha cumplido en el RESUCITADO?

Y terminamos nuestro retiro, poniendo rumbo a Galilea, porque no podemos quedarnos con la alegría para nosotras y nuestra Comunidad, porque la alegría es un encargo, casi una obligación, porque tenemos que ir allá donde nos espera el Resucitado:

Hay que "volver a Galilea" para seguir sus pasos: hay que vivir curando a los que sufren, acogiendo a los excluidos, perdonando a los pecadores, defendiendo a las mujeres y bendiciendo a los niños; hay que hacer comidas abiertas a todos y entrar en las casas anunciando la paz; hay que contar parábolas sobre la bondad de Dios y denunciar toda religión que vaya contra la felicidad de las personas; hay que seguir anunciando que el reino de Dios está cerca.

Con Jesús es posible un mundo diferente, más amable, más digno y justo. Hay esperanza para todos: "Volved a Galilea. Él irá delante de vosotros. Allí le veréis.

(J. Antonio Pagola, Jesús. Aproximación histórica)

🎵 Vive Jesús – L. CASAERT [Pincha aquí]



PROVINCIA
NUESTRA
SEÑORA
DEL PILAR

Formación y
Espiritualidad

HNAS. de la CARIDAD de SANTA ANA